

EL LAGO ESMERALDA

La llegada del otoño se adelantó aquel año en el reino de Terlas. Laura, hija única de los reyes, siempre había sentido el otoño como su estación favorita. La temperatura era ideal, fresca al amanecer y templada a medida que el sol se alzaba sobre el horizonte. El aspecto que tomaban los alrededores del castillo donde vivía, totalmente rodeado por un inmerso bosque, con mezcla de rojizos, ocres, verdes pálidos y otros más intensos de algunos árboles que no perdían su hoja, era algo que desde que le alcanzaba la memoria, a sus poco más de 16 años, esperaba con verdadera pasión.

Aquel día de principios de octubre el despertar de Laura fue algo especial. Al placer que siempre le producía el abrir la ventana y respirar el fresco y limpio aire de la mañana, debía sumar el recuerdo de un sueño que intentaba reconstruir en su mente, pero que se resistía a tomar forma. Tan sólo quedaba en su memoria la imagen de un pequeño lago con aguas de color esmeralda y un joven que le tendía la mano con un gesto amable, cuya mirada le transmitía sosiego, felicidad y una inmensa sensación de plenitud. No recordaba ninguno de sus rasgos físicos; tan solo una sonrisa que no terminaba de formarse en sus labios, pero que se revelaba en el conjunto de su expresión. “Era una pena haberse despertado interrumpiendo el sueño, pero quizás otra noche podría volver a repetirse”, se dijo Laura mientras terminaba de despertarse.

Se vistió y bajó a desayunar. El día anterior su padre le había anunciado que tenía algo importante que decirle. Al parecer –pensó la joven– aquel iba a ser un día de los que, inesperadamente, sucedían muchas cosas a la vez.

Tras el desayuno, Laura se dirigió a la estancia donde se solía recibir a los visitantes; una sala repleta de libros que la joven había comenzado a visitar furtivamente en los últimos meses. Allí estaban solos su padre y su madre, cosa que extrañó un poco a Laura, ya que no recordaba ninguna ocasión en que su madre hubiese frecuentado aquel lugar.

–Laura, hija mía –dijo el rey–, tu madre y yo tenemos algo importante que decirte. Como sabes, el rey de Marlám, nuestro vecino reino, está muy enfermo en su lecho de muerte. De sus dos hijos, David, su primogénito, le sucederá como rey. Siempre te hemos contado que en el pasado hubo grandes luchas entre nuestros reinos y Marlám nunca ha renunciado a

apoderarse de Terlas. Ahora Celso, su otro heredero, quedará sin territorios sobre los que gobernar y tememos que intenten conquistar nuestro reino. Nuestros consejeros han estudiado esta situación y han hablado con los de Marlám. Todos han concluido que lo más adecuado en estos momentos sería sellar una alianza entre los dos reinos mediante la celebración de un casamiento entre el príncipe Celso y tú, mi pequeña. Creemos que es la mejor opción. Además, se dice que el joven Celso es apuesto y valiente. Así, que aunque todo parezca un poco precipitado hemos decidido que el casamiento se realice cuanto antes. A finales de esta semana está previsto que el príncipe Celso acuda a nuestro castillo y así podréis conoceros.

Laura casi no podía articular palabra. Hasta ahora nunca se había enfrentado a un acontecimiento que pudiese marcar el resto de su vida. Sabía que sus padres la querían y no podía comprender como estaban dispuestos a confiar su vida en manos de un extraño.

–Pero cómo podéis pedirme esto –logró decir Laura con un débil hilo de voz que apenas si conseguía salir de su garganta–; cómo podéis utilizar mi vida al servicio de vuestros deseos. Siempre me habéis enseñado que nunca debíamos renunciar a elegir nuestro propio futuro.

–Laura –dijo la madre–, si no fueses nuestra única heredera, podrías esperar a conocer a un joven al que estuvieses segura de amar, pero en este caso no puede ser así; comprende que de esta manera nuestro reino podrá seguir siendo fuerte con la nueva alianza.

Laura recordaba el sueño que había tenido pocas horas antes y sentía que no tenía nada que ver con la situación que le presentaban sus padres. Pero pensó que sería inútil esgrimir su sueño para oponerse al casamiento. Ellos sabían que Laura era una joven muy fantasiosa y lo tomarían, sin duda, como una falta de madurez, que le llegaría con el casamiento.

Durante los siguientes días Laura era incapaz de recordar sus sueños. Las horas pasaban deprisa y se sentía profundamente confusa. Quizás sus padres llevasen razón. Ellos seguramente también habrían debido renunciar a sus sueños de niños a medida que se fueron haciendo mayores. Quizás ya nunca soñaban. Pero, ¿por qué seguir su mismo camino? ¿Por

qué haber soñado algo tan especial justo aquel día? Cerró los ojos e intentó recordar de nuevo su sueño. Poco a poco la imagen del lago esmeralda y del joven retornaron a su mente. Al abrir de nuevo sus ojos, Laura ya lo tenía claro; partiría en busca de su sueño.

Después de la cena cogió el pequeño macuto que tenía preparado con comida y algo de ropa y se adentró en el bosque. Hasta la mañana siguiente no descubrirían su huida y ella estaría ya bastante lejos. Al principio, su único objetivo era alejarse lo máximo posible del castillo, sin plantearse siquiera la dirección que debía tomar. Tras algo más de cuatro horas de camino y ya bastante fatigada; sobre todo por la atención que debía prestar al andar por el bosque en la casi completa oscuridad, decidió buscar cobijo entre unas enormes piedras para pasar allí la noche. Intentaba conciliar el sueño, pero los ruidos del bosque que, hasta ese momento y con la tensión, le habían pasado desapercibidos, en la quietud de la noche se amplificaban produciendo en ella un inmenso desasosiego y temor. Tras varias horas, y más por cansancio que por llegar a ella la tranquilidad, Laura quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente los trinos de los pájaros la despertaron. El cielo estaba claro y todo lo sucedido durante los últimos días lo recordaba con cierta lejanía; lo cual le produjo una gran sensación de paz y libertad. El bosque volvía a parecerse al que ella recordaba en sus habituales paseos, y los mismos ruidos que la noche anterior le habían producido tanto temor ahora le resultaban agradables y cercanos. Pero una vez pasada esta primera impresión los temores volvieron. Estaba sola; ¿a dónde ir..? Por un instante le pasó por la cabeza la idea de regresar de nuevo al castillo. Sus padres seguramente sabrían perdonar su huida, pero y después ¿qué? Tendría que ceder a sus deseos. Laura no deseaba darse por vendida tan pronto; el recuerdo de la visión del lago esmeralda continuaba dándole fuerzas.

Comenzó a caminar lentamente, sin una dirección definida, esperando que alguna idea acudiese a su mente. Las formas de los árboles siempre le habían llamado la atención; unos altos y esbeltos, otros pequeños y rechonchos, unos con troncos lisos, otros rugosos... Eran como las personas, cada uno con su propia personalidad. Sin pensarlo, se detuvo frente a un enorme árbol. Le pareció especialmente hermoso; un tejo

centenario, robusto y firme. Además, su tronco tenía un encanto especial; si se le miraba desde un determinado ángulo se asemejaba al rostro de una persona, con su nariz, ojos y boca perfectamente definidos. Laura se acercó al árbol y comenzó a pasar los dedos por su tronco, siguiendo el imaginario contorno de los ojos, bajando por la nariz y llegando finalmente hasta la boca. La inicial sensación rugosa de la corteza enseguida dejó paso a otra más suave y delicada. Sin más, oyó una voz que le decía: “¿qué buscas?”. Laura no se asustó. La situación le parecía extrañamente normal, como si siempre hubiese considerado natural que los árboles pudieran comunicarse con las personas.

–Un lago, un lago con aguas de color esmeralda –respondió Laura tras un mínimo instante de reflexión.

–Durante siglos he oído hablar a muchos viajeros que pasaban por el bosque sobre ese lago –afirmó el árbol–. Para llegar hasta él debes caminar durante cinco días en dirección hacia dónde nace el sol.

Laura, impregnada por la inmensa fuerza que dan los sueños cuando comienzan a hacerse realidad, se puso a caminar en la dirección indicada por el árbol. Todas las mañanas se fijaba en la situación del sol al amanecer y buscaba un punto lejano hacia el que caminaba durante el resto del día. Las noches ya no le infundían tanto temor; sabía que, tras unas horas de oscuridad, la luz siempre retornaría al día siguiente.

Tras unos días de camino, Laura descubrió una pequeña aldea. Se acercó a ella con precaución y al llegar junto a las primeras casas se encontró con dos mujeres mayores que la miraban con recelo.

–Busco un lago con aguas de color esmeralda –dijo sin más a las mujeres.

–No hay ningún lago cerca de este pueblo. Tan sólo tenemos un pequeño arroyo y un pozo, si quieres saciar tu sed –contestó una de ellas.

–No puede ser –replicó Laura–, alguien me dijo que aquí encontraría el lago que estoy buscando.

–No jovencita, te equivocas, aquí no hay lagos, y mucho menos con aguas de ese color. Pero, dinos; ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿De dónde vienes?

Tras un eterno instante en el que el tiempo se detuvo, Laura intentó sobreponerse a la decepción que significaba el no poder hacer realidad su sueño. Pensó que el encuentro con el tejo en el bosque había sido también producto de su imaginación y que los sueños son sólo eso. Se refugió en una mirada perdida y vacía, y no quiso contar nada de esta historia ni de su pasado a las mujeres.

La mujer que le había hablado, viendo la cara de desolación y abatimiento de la joven y comprendiendo que no lograría sacar mucha más información de ella, le dijo: “Mi esposo y yo somos ya mayores y no tenemos hijos. Si lo deseas puedes quedarte con nosotros; una mano más nos vendrá bien en la casa”.

Laura se limitó a hacer un gesto de aceptación con la cabeza, sin ganas de dar explicaciones, ni de mostrar signo alguno de alivio o agradecimiento.

En poco tiempo se integró perfectamente en su nueva familia. Enseguida aprendió a hacer multitud de labores, a colaborar en la recolección de cereales y cuidar del ganado. Lo que más le gustaba era acudir al bosque a recoger frutos y plantas silvestres para hacer alguna comida. Desde que llegó a la aldea ya no recordaba sus sueños. Pensaba que era mejor no ilusionarse con ellos para no decepcionarse al no verlos hechos realidad.

Transcurrían los años. Todos apreciaban a Laura, pero la seguían considerando diferente a ellos. Siempre sería la jovencita que llegó de ninguna parte. Ella lo notaba, pero no le daba demasiada importancia. No estaba a disgusto, aunque no sentía que aquel lugar fuese su hogar. Su vida comenzaba a parecerle aburrida. Pasados los primeros años desde su llegada a la aldea en que aprendió muchas cosas nuevas, que desconocía cuando vivía en el castillo, se había amoldado a la forma de vida del resto de la gente, en que cada día era una repetición del anterior, con las únicas variaciones propiciadas por el cambio de las estaciones.

Pero un día, de nuevo al inicio del otoño, Laura volvió a tener un sueño: “Caminaba por el bosque y llegaba junto a una preciosa cascada que estrellaba sus aguas en una poza bordeada por grandes bloques de piedras. Allí, se sentaba y dirigía su mirada hacia la cortina de agua”. Despertó y una expresión de alegría llenó su rostro. Recordaba un sitio parecido al de su sueño; estaba montaña arriba, en un rinconcito perdido del bosque. Así que, sin más, se puso en camino.

Llegó junto a la cascada a media mañana. A pesar de que apenas había estado allí un par de veces más, le fue fácil encontrar el lugar; lo cual la llenó de satisfacción y confianza. Intentó repetir lo que recordaba del sueño y se sentó sobre una enorme piedra, justo frente a la caída de agua. Miró hacia ésta intentando percibir algo de especial en su forma cambiante. Pasaban los minutos y no observaba nada que le llamase la atención, pero intuía que lo que buscaba estaba allí; allí hacia donde ella dirigía la mirada. Decidió levantarse y acercarse hacia el chorro de caída de agua. A medida que se aproximaba, el agua la salpicaba cada vez con más fuerza, hasta hacerla sentir daño; pero Laura seguía avanzando. Tras un instante, en el que tuvo que cerrar los ojos debido a la enorme fuerza del agua, dio un par de pasos más y la sensación de presión sobre su cuerpo cesó bruscamente. Al abrir de nuevo la mirada comprobó que había accedido a una pequeña cavidad oculta tras la cortina de agua y se dio cuenta de cómo, a pesar de su estrechez, la pequeña gruta se adentraba en la montaña.

Comenzó a avanzar, de costado, pegada entre las dos paredes, sin espacio apenas para respirar. La luz ya no era capaz de llegar hasta donde ella estaba, pero notaba una sutil corriente de aire que la animó a continuar. Tras un largo trecho de oscuridad, la luz retornó, poco a poco, hasta conducirla a una inmensa sala que conectaba, de nuevo, con el exterior. Al asomarse, los ojos de Laura brillaron como antes jamás lo habían hecho; allí estaba el lago esmeralda. El sol, el azul del cielo, las verdes praderas y multitud de enormes árboles, completaban esta imagen mágica.

Se acercó lentamente hasta la orilla del lago. La sensación de paz y plenitud era tal y como recordaba en su lejano sueño. Sentía que ya, antes, había estado allí. Junto a una espigada roca, se percató de la existencia de un enorme tejo aislado y se acercó hasta él. Según giraba a su alrededor

descubrió que el tronco tenía las mismas formas de árbol que años antes le había hablado en el bosque.

–Veo que ya has encontrado lo que buscabas –oyó Laura decir al tejo.

–Sí, pero no es justo que haya tardado tanto tiempo en llegar hasta aquí. Ha sido tan complicado; es más, he estado a punto de olvidarme definitivamente del lago y de su búsqueda.

–El lago siempre ha estado aquí –continuó diciendo el tejo–. Los habitantes de la aldea no conocen su existencia ni tampoco la gruta que da acceso hasta él porque nunca les ha interesado el buscar algo más de lo que les da su rutina diaria. Tu, hace unos años, también desististe de su búsqueda porque perdiste la confianza en lo que te dice tu interior y te dejaste envolver por la visión de los demás. Y, hasta ahora, no te has vuelto a reencontrar con tus sueños. Es bonito soñar, pero si no consigues hacer los sueños poco a poco realidad, éstos terminan por desaparecer. Por cierto, mira al otro lado del lago; creo que hay alguien que te espera. El ha llegado también hace poco.

Laura siguió la indicación del tejo y dirigió la vista hacia la otra orilla del lago. Allí estaba él: era la parte de su sueño que faltaba por hacerse realidad.

Y allí, junto al lago, Laura encontró todo lo que sin saberlo siempre había buscado: paz, amor, algunas respuestas a antiguos interrogantes y multitud de nuevos misterios por descubrir.